

La hacienda

The farm

Liliana Denís Martínez de Luna

Universidad Autónoma de Aguascalientes, México

Lic. En Historia

6º semestre

lmartínezdlg41@gmail.com

— Ya verá mi niña, me la voy a llevar a la gran ciudad, y con el poquito dinero que tengo guardadito ahí debajo de mi petate le voy a comprar una casita y la voy a tener bien contenta, por mi mamacita santa que sí.

Veía la ilusión en sus ojos y un amor ferviente por mí, su niña, su cacharrito...

Inexplicablemente me llenaba de esperanza, de una luz inmensa que hacía cada uno de mis días los más bonitos.

Me llamo Guillermina Rascón Iturralde, Mina, u Ojitos de pistache, como me llamaba mi papá. Nací y crecí en esta hacienda, rodeada de árboles y flores, jugando con los pájaros y las pequeñas ardillas que se metían a la cocina o al zaguán de vez en cuando. Soy la menor de 5 hermanos, los dos mayores andan en la guerra, el mediano se hizo cura y vive en la ciudad de Morelia, el otro se murió cuando tenía siete años, de una viruela que le enllagó todo el cuerpo, hasta que se fue haciendo flaquito flaquito y de pronto ya no abrió más sus ojos.

Tengo nada más quince años, dice mi papá que soy la viva imagen de mi madre, que se nos fue cuando yo apenas tenía tres años, casi no la recuerdo, sólo sé que me cantaba, cantaba todo el día, cuando hacía el chocolate, cuando bordaba las servilletas, cuando cortaba las flores. Más de eso no hay. Poco recuerdo de mi madre porque todo lo recuerdo de mi nana Clotilde, una mujer chiquita, de brazos gordos y cabello cano, que me levantaba cada mañana para cepillarme el cabello, me hacía dos trenzas adornadas con listones rosados y me ponía un vestido.

— La señorita de la familia debe ser siempre la mejor vestida, no puede andar toda guandaja por la calle, una nunca sabe cuándo le va a caer un buen marido.

— ¿Y yo para qué quiero un marido, nana? ¿Qué le hago? ¿Le saco las pulgas como a los perros?

— Ay mi niña, cuando seas mayor lo entenderás, entenderás que una mujer necesita de un hombre, porque el mundo es feo, amañado y oscuro para una mujer solita.



Y sí lo entendí, por Diosito que sí lo entendí. Pero fue algo distinto. Entendí que el hombre debe hacerte sentir querida, y eso se siente como cuando tomas chocolate caliente, hay algo en tu interior que se enciende como un candil y nomás no se apaga. Y así me hacía sentir Paulo.

Lo conocí cuando tenía catorce años, seguramente él no pasaba de los quince o quizá dieciséis. Una tarde mientras jugaba con las sobrinas de Clotilde, nos trepamos a los árboles de durazno para arrancar las florecitas de color rosa. Me la pasaba bien con ellas, podía ser desordenada y jugar fuerte porque no le tenían miedo a ensuciarse o a romper los vestidos.

Julia, la mayor, una niña morena, alta y con cabello largo era la más atrabancada. Al bajarnos del árbol sugirió que fuéramos al río que corría a un lado de la hacienda, para atrapar renacuajos. Había estado lloviendo y la corriente había arreciado considerablemente, pero nuestra mente infantil con ganas de jugar lo vio sencillo y todas aceptamos ir.

Llegamos a la orilla del río, se veía bastante tranquilo, nos acercamos a la orilla a chacualear entre las piedras y el agua baja.

- Aquí no hay nada de renacuajos- le dije
- Tenemos que meternos más, andan muy escondidos- sugirió Julia.
- Entonces ¿para dónde?
- Vamos pa' ca, entre los carrizos debe de haber.

Caminamos un poco en la orilla de río, y nos metimos entre los carrizos, yo salí al otro lado y me quedé viendo el agua irse con la corriente y divagué en mis propios pensamientos. Avancé un poco más, el agua me llegaba casi a la cadera, se sentía fría pero no lo suficiente para salirme. Quería entrar más y más, sentía el suelo de roca bajo mis zapatos y me hacía sentir segura. Pero de pronto el suelo de roca se me acabó bajo los pies y caí completamente al agua.

Me sumergí en lo profundo y sentía como el agua zangoloteaba mi pequeño cuerpo. Salí a la superficie y apenas podía ver, tomaba grandes bocanadas de aire y agua con desesperación.

- ¡Se ahoga la niña Mina! - chillaban mis compañeras de juego, eufóricas de ver como la corriente me arrastraba.

Cuando ya no pude pelear más y el agua me cubrió por completo sólo solté mi cuerpo. Sentía cómo me hundía, hasta que unos brazos delgados pero fuertes me tomaron y me sacaron violentamente a la orilla.

Me tendió suavemente sobre la tierra y me quitó el cabello de la cara.

- Se está poniendo morada, - dijo Julia con la voz quebrada de miedo- ¡haz algo!

El chico de los brazos fuertes acomodó sus manos sobre mi pecho y presionó hasta que escupí toda el agua que me había tragado.

— ¡Niña Mina! Ya se nos andaba petateando, se la iba a comer el río.

Era Cirilo, uno de los peones de mi padre, sabía que era él porque es quien le prepara los caballos a papá para las diligencias.

— ¿Cómo salí del agua? - pregunté.

— Pos no creerá que mi sobrino se aventó al agua pa' sacarla. Andábamos cuidando las orillas y oyimos los gritos de las niñas y venimos como alma de Judas. Y pa' pronto mi sobrino se quitó el jorongo y que se lanza al río. Salió hartito valiente este chamaco.

Cuando me recuperé de todo volteé a ver al muchacho, y decir muchacho es mucho, era un niño como yo. Agitado y temblando de frío, ahí estaba. Su piel morena brillaba con las gotas de agua que quedaban en su rostro, era delgadito, pero se veía fuerte. Sus ojos me atraparon enseguida, no eran cafés como los de cualquiera, eran claritos, bonitos, del color de la cajeta que trae mi tía Genoveva de Jalisco, nunca había visto unos ojos así.

— Gracias... - murmuré.

— Para servirle, niña.

Me encogí de frío en la tierra, Cirilo me cubrió con su jorongo y me cargó en sus brazos.

— Paulo, tú te me retachas para el jacal, voy a llevar a la niña a su casa. Ay virgencita, a ver si su señor padre no me mete un plomazo.

— Sí tío.

— Vénganse niñas, que ya está oscureciendo, ya no deben andar solas.

Y nos fuimos a la casa. Llegando a la casa mi nana puso el grito en el cielo. Afortunadamente mi padre no estaba, sino habrían llovido los balazos.

— ¡¿Pero cómo se les ocurre andar solas en el río, chamacas de porra?!- dijo Clotilde mientras me quitaba el vestido mojado y veía si tenía golpes o cortadas en el cuerpo.

— No te enojas, tía Clotilde- dijo Julia muy cabizbaja- queríamos atrapar renacuajos, y nada más de pronto se nos desapareció la niña Mina y luego vimos que trataba de salir del río, pero no podíamos sacarla. Nos asustamos bien hartito.

— Sí tía- dijo Lupita, otra de las niñas- pero ese muchacho sobrino de Cirilo se aventó al agua por ella, y la sacó jalando como a un perrito, y luego la niña Mina se estaba poniendo morada como garambullo y le apretó y le apretó hasta que sacó todita el agua.

Escuché como el caballo de mi padre galopaba por la entrada de la hacienda, corrí hacia la ventana, aun semidesnuda, para corroborar si era él. Mi nana entró en pánico.

— Niñas, córranle a la cocina, pero ya. Ahí espérenme.

— Sí tía.

Mi nana me puso pijama rápidamente y me sentó a cepillarme el pelo. En eso papá tocó la puerta.

— ¿Se puede, mi niña?

— Sí, papi.

Me levanté rápidamente de la cama y corrí con él, me cargó en sus brazos y me dio muchos besos. Don Severo Rascón Villareal era uno de los hacendados más importantes de la región, dueño de una de las haciendas azucareras más grande de Morelos y de todo el centro del país, amigo del mismísimo señor Díaz. De gesto fuerte y unos ojos negros azabache que hacían que cualquiera le mostrara su respeto, siempre con la pistola al cinturón y un olor fuerte a tabaco en todo el cuerpo. Sus peones lo respetaban, o lo temían, yo nunca supe, pero ante él todos se cuadraban. Pero conmigo era más mansito que un cachorro.

— ¿Cómo estuvo su día, mi princesa? ¿Sí comió bien?

— Sí papi, mi nana me hizo mole con pollo y me dio uno de esos dulces de coco que tanto me gustan.

— ¿Dulces? ¿Cómo está eso Clotilde? Ya te dije que le hacen daño esas porquerías a la niña.

— Sí patrón, perdóneme, pero como hoy la niña se portó tan bien y se acabó todo bien rápido me hizo ojitos de borrego y pos, le acabé dando su premio.

— Ta bien pues, uno no está mal, nada más que no se te haga hábito, que no quiero que se me ande enfermando mi florecita.

— Sí patrón, como ordene.

Mi papá me dejó en la cama y se volvió.

— Ahorita vengo a darte tu beso de buenas noches, tengo que arreglar unos asuntos. Clotilde, arrópala bien, la noche es muy fría. - y salió del cuarto.

Mi nana respiró aliviada.

- Ay mi niña, creí que nos iba a cachar y le tendríamos que decir que casi te lleva la corriente.
- Lo sé nana, yo también estaba asustada- dije mientras me acomodaba en la cama.
- Será mejor no decirle nada, le vamos a evitar corajes, porque tu papá enojado es el mismísimo diablo.

Me quedé pensando en sus palabras... “el mismísimo diablo”. ¿Qué tan terrible era mi padre en realidad?

- Nana...
- ¿Sí, mi niña?
- ¿De qué murió mi mamá?
- ¿Por qué lo preguntas?
- Porque apenas la recuerdo y quiero saber qué le pasó.
- Ay mi niña, ta bueno, te voy a contar. Tu mamacita santa se nos murió de tristeza. Poco después de que llegaras tú Dios bendijo esta casa con otra criatura, tú tendrías unos dos añitos y los señores estaban bien contentos. Pero la noche que nació tu hermanito, una noche sin luna, tu mamá estaba agonizando de dolor, pegaba tremendos gritos y lloraba a mares. Cuando por fin logró parir, pos el angelito ya se nos había ido al cielo. Sólo mandamos llamar al señor cura para que lo bautizara y lo llevaron a enterrar. Lo llamaron Antonio, por San Antonio de Padua. Desde entonces la señora ya no cantaba, ya no salía de la cama, se fue poniendo bien flaquita, ojerosa, parecía muerta en vida. Hasta que un día nomás no despertó.
- ¿Y mi padre qué hizo?
- Casi se nos muere también, pero de coraje. Se tiró a la bebida, pasaba los días enteros borracho, decía verla en los jardines, en la cocina, se estaba volviendo loco. Él la quería bien harto, y hasta que tus hermanos Máximo y Celestino vinieron a verlo lograron que se dejara del vicio y se hiciera fuerte. Tu hermano Miguel también vino desde Morelia, le dijo que Dios había llamado a tu madre para cuidar a tu hermanito, y que debía ser fuerte por ti y por tu hermano Juan José, que en paz descanse.
- Hay algo que no comprendo nana, dices que mi padre también estaba triste y se tiró al vicio, ¿por qué dices también que es el mismísimo diablo cuando se enoja?



— Porque lo es mi niña, después de que nos fue tu madre y después se nos fue tu hermano Juan José, tu padre se volvió malo, hasta miedo daba estando enojado. Hace unos años, poco después de que muriera tu hermano, hubo una disputa entre unos peones, sobre un dinero, tu padre les metió un balazo a los dos para que dejaran el pleito, e hizo que los demás peones les cavaran las tumbas. Creo que eso ha sido lo más fuerte, de ahí en más no hay nada fuera de lo que un patrón no haga.

Me quedé fría, mi padre, matando peones para ahorrar problemas, no sabía qué pensar. Yo sólo tenía catorce años, pero comenzaba a entender porque sus trabajadores siempre estaban en regla.

— Dice mi papá que me parezco a mamá, ¿eso es cierto, nana?

— Sí mi niña, eres igualita a ella, el mismo cabello terso como la seda, la misma piel blanca y hermosa, y, sobre todo, los mismitos ojos verdes como pistaches

La puerta se abrió otra vez, papá entró al cuarto, Clotilde se levantó de la cama.

— ¿Ya no necesita nada, patrón?

— No Clotilde, puedes irte.

Se inclinó y me dio la bendición.

— Que sueñes con los angelitos, mi niña- y me dio un beso.

Mi papá se sentó en la cama y me miró.

— Me da hartito gusto volver todas las noches y verte, mi niña. Desde que tus hermanos se fueron la casa está bien sola y tú eres el único rayito de luz que me ilumina la vida.

— ¿Mis hermanos no van a volver?

— Máximo y Celestino andan en el ejército y como están las cosas por aquí estamos cerca de tiempos bien difíciles, Mina, Miguel está entregado a la Diócesis, pero cuando podamos vamos a ir a verlo a Morelia, pero por ahorita es peligroso viajar tan lejos, y no pienso sacarte de aquí y que algo te pueda pasar. Ni loco.

— Está bien papi, lo que usted me diga.

— No quiero que me le pase nada, el tiempcito que le quede aquí la quiero cuidar, como la muñequita que es.

— ¿El tiempo que me queda?



- Sí mi niña, se está convirtiendo en una señorita, y sé que bien pronto más de uno me va a pedir su mano para casarse, y ahí ni modo que diga que no. Aunque tiene que ser un hombre de buena familia, del alguno de nuestros conocidos, como el hijo de mi compadre Salvador, ya se hizo alcalde del pueblo, podría ser buen marido.
- Pero es muy grande papá, muy grande.
- Eso es lo de menos mi niña, yo a su mamá le llevaba ocho años, y viera nomás como la quería. Él hará lo mismo, yo me encargo de eso. Que duerma bien mi niña, la quiero bien hartito- y me dio un beso en la frente.

Se levantó y se fue, dejándome sola a la luz de mi candil. ¿Casarme? No podía dejar de pensar en eso, yo no quería casarme, no quería cuidar de un hombre, yo quería jugar con mis muñecas, subirme a los árboles a cortar garambullos, jugar con las ardillas y los perros de la hacienda. Me fui a dormir esperando que la idea de casarme se le fuera de la mente a mi papá.

Pasaron varias semanas, vino desde la Ciudad de México doña Leonora Díaz Carrizal, mi maestra de ética y modales para señoritas. Cuando ella estaba aquí pasaba las horas enseñándome a sentarme derecha, a cruzar las piernas detrás de los tobillos, tomar la sopa con delicadeza, entre otras cosas.

- Me has impresionado Mina, has aprendido todo muy rápido, me pone contenta que te estés convirtiendo en una señorita fina y educada.

Otra vez con lo de ser una señorita.

- Pero doña Leonora, apenas cumpliré quince años, ¿cree usted que ya soy una señorita?
- Estás a punto de serlo.
- ¿Por qué es tan importante que lo sea? Es de lo único que habla mi padre últimamente.
- Pues, pequeña, porque en una familia como la tuya, con la posición social que tienen es sumamente importante que la hija se case con alguien de buena familia, con la que se pueda formar un buen vínculo. Alguien que asegure que puede cuidar de ti y de los hijos que tengas.
- Pero yo no quiero casarme aún.

- Niña, no digas esas cosas, toda mujer debe casarse, tarde o temprano, para cuidar de su marido y de su familia, el hombre te dará su protección y responderá por ti ante la sociedad.
- ¿Acaso no puedo responder por mí misma?
- No, el mundo de afuera es bien complicado para una mujer estando sola, viuda o como sea. Cuando te cases vas a entenderlo. Por hoy es todo, puedes irte a tu cuarto.
- Gracias doña Leonora.

Salí del salón donde estaba y quise caminar por el jardín. Era temprano, quizá las 4 de la tarde. Empecé a caminar entre los cedros y los robles y me encontré con el pequeño columpio que me había colgado Cirilo para jugar cuando yo tenía seis años.

Me subí al columpio confiando en que la cuerda no estuviera muy rancia como para romperse y me columpié. En eso escuché como crujían las ramas que había tiradas en el suelo, alguien llegaba. Me volví rápidamente y lo vi. Era Paulo, vi cómo subía sobre una pequeña barda de piedra.

- Hola
- Me asustaste, ¿qué haces aquí?
- Vengo de dejar unos botes de leche en la cocina y te vi aquí en el columpio.

En eso saltó a mí lado casi como un gato. Me hizo saltar.

- ¿Quieres que te empuje? – me dijo mientras extendía una sonrisa.
- Me van a regañar si me ven contigo - señale
- No pasa nada, ven, te empujo.

Dudé un par de segundos, pero al final acepté.

- Está bien.

Me subí al columpio nuevamente y él me empujó.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó
- Guillermina, pero todos me dicen Mina.
- Estás bien bonita.
- ¿Por qué lo dices?
- Porque sí. Tienes el cabello bonito, la cara bonita, los ojos bonitos, la voz bonita, hasta estar cerquita de ti se siente bonito.

— No me digas eso, porque no sé qué decir y me da pena.

Dejó de empujarme y se puso delante de mí, noté que veía directamente a mis ojos, sin dejar de hacerlo ni un momento.

— Dime cómo te llamas - le dije

— Me llamo Paulo, yo te saqué del río cuando casi te ahogas. Dijo mi tío Cirilo que tu padre le habría metido un plomazo si te ve llegar toda mojada y golpeada. ¿No te pasó nada?

— No, sólo fue el susto., pero ¿por qué te aventaste así por mí? Pudiste haberte ahogado.

— No sé, yo andaba muy tranquilo con mi tío Cirilo por la orilla cuando las oyó. Cuando llegamos vi cómo manoteabas para salir, algo bien adentro de mi me lo dijo, “aviéntate, sálvala, te necesita”, y lo hice.

— Me salvaste la vida, de verdad lo hiciste.

— Lo haría todos todos los días con todo el gusto del mundo.

Seguía mirándome fijamente. Sus ojos claros se me hacían tranquilos, profundos, bonitos. En eso escuché un grito de mi nana que venía desde adentro.

— ¡Mina! Ven a comer ya.

Si la hacía esperar ella saldría por mí.

— Ya debo entrar.

Pero él tomó mi mano y me detuvo.

— Sólo si prometes que mañana vendrás al columpio otra vez.

— ¿otra vez?

— Sí, te quiero ver otra vez.

No le podía prometer nada, pero lo hice.

— Sí, mañana te veré aquí en el columpio.

— La espero con todas mis ansias, mi niña.

Entré rápido a la casa, con un calor extraño en las mejillas que hasta mi nana se dio cuenta.

— Pues dónde andabas niña, mírate, estás toda chapeteada.

— Estaba viendo las flores nana, y el sol me caló.

— Bueno, come ya antes de que se te enfríe.

Mi nana me sirvió un enorme plato de caldo de pollo con muchas verduras, arroz y tortillas recién hechas. Amo la comida de mi nana. Siendo honesta, no sé cómo es que no peso lo que un marrano con todo lo que ella me da de comer.

Terminé y me fui a acostar al sillón, entre que contaba las florecitas del papel tapiz y escuchaba el tic tac del reloj me quedé dormida. Cuando desperté mi papá me cargaba por la escalera hasta mi cuarto, me hice chiquita y dejé que me cargará. Me dejó en mi cama y cubrió mi cuerpo con las cobijas.

Mi nana me despertó al día siguiente para bañarme. Preparó la tina con agua caliente y jabón que hacía espuma por todas partes.

— Nana...

— ¿Sí, mi niña?

— ¿Dónde vive el sobrino de Cirilo?

— ¿Cuál? ¿El chiquillo que luego anda con él?

— Sí, se llama Paulo.

— Ah, sí, ese niño, pues supongo que vive con él y con Silvia, su mujer. Ay ese pobre chamaco, se quedó huérfano desde hace muchos años, y Cirilo se encargó de él, es como su segundo padre.

Lo que me dijo mi nana me hizo pensar mucho. Se dio la tarde, y yo me le escapé a mi nana de la sala para ir al columpio y ahí estaba él.

Me acerqué despacito y lo saludé.

— Hola

— Hola, te traje una flor.

Me entregó una pequeña margarita recién cortada, aun olía a perfume.

— Muchas gracias, es hermosa.

— Me recordó a ti, por eso te la traje.

Pasamos toda la tarde hablando, haciendo bolitas de lodo y lanzándolas a las aves.

— ¿Cuántos años tienes, Paulo? - pregunté firmemente

— Quince años, pero me siento como de catorce - dijo él mientras reía por lo bajo.

Me hizo reír. Simplemente estar con él se sentía bonito, era divertido y no exigía ser una señorita educada y perfecta.

- ¿Y qué tanto haces aquí en mi hacienda?
- Yo cuido el ganado, corto la maleza, cuido a los caballos, ordeñamos a las vacas, yo hago de todo, chula.
- Entonces, ¿por qué no te había visto antes?
- Porque tuve una enfermedad bien fea que me tuvo muchos años pegado al petate, casi me moría, pero rezándole bien harto a la virgencita de Guadalupe me curé.
- Yo apenas tengo catorce, siempre he estado aquí en la hacienda, mis únicos recuerdos son de mi madre, mis hermanos y mi nana, aun así, de lo poco que me acuerdo todo es bonito. Aunque mi padre cree que ya es momento de irme buscando marido, que ya soy una señorita.
- Si ya es una señorita entonces yo la quiero para mí, quiero ver esos ojitos verdes cada día, cuando el sol salga entre los cerros, la quiero conmigo.

Sus palabras sonaron en mi cabeza, un tanto lentas. No había mucho que pensar

- ¿Me llevarías muy lejos?
- A dónde tú me lo pidas, mi niña.

En eso se acercó a mí, me tomó de la cintura, y mientras el sol se ocultaba en el atardecer me dio el primer beso que había tenido jamás. Rozó sus labios torpemente juntos a los míos y sus manos se juntaron alrededor de mi cintura, la cual apretó con cierta delicadeza. Después me abrazó.

Y de pronto me abrumaron de sobre manera las palabras de mi padre: “Desde que tus hermanos se fueron la casa está bien sola y tú eres el único rayito de luz que me ilumina la vida...”. ¿Qué pasa si me voy con Paulo? Mi padre se moriría de tristeza, o de coraje. No podía vivir con eso.

- No me puedo ir. Mi padre... sufriría mucho si me voy.
- Pero él la quiere casar con quien sabe quién, y así no va a ser feliz. Yo sí quiero hacerla feliz, tenerla cerquita, casarnos en la Basílica, tener bien muchos hijos y estar juntos hasta bien viejitos.

No podría negar que sus palabras me hacían pensar mucho. Podía imaginar lo odiosa que sería la vida de casada, tener que atender al marido, a los hijos, la casa, poner cara bonita, aunque no esté contenta. Sin embargo, sabía también que Paulo haría hasta lo imposible por hacerme feliz y formar una bella vida juntos.

- Sí me iré contigo, pero hay que esperarnos poquito, hasta que halle la forma de que mi padre no se vuelva loco.



— Está bien mi niña, yo hago lo que usted me diga.

— Sabes que yo quiero lo mismo que tú...

En eso escuché desde la puerta de la cocina el grito de mi nana.

— ¡Guillermina! Ven para acá.

Me levanté enseguida.

— Ya debo irme...

— Pero prométame que también la voy a ver mañana.

— Sí, mañana también estaré aquí.

Y antes de que pudiera besarme otra vez salí corriendo, con el corazón desbocado por el regaño que tenía asegurado. Llegué con mi nana intentando no evidenciar mi prisa.

— Sí, dime, nana...

— ¿Qué andabas haciendo con el sobrino de Cirilo?

— Mmm, nada, de repente me platica cosas, de lo que hace y todo eso.

— ¿Tu padre sabe que hablas con él?

Los colores se me subieron a la cara y no supe que decir.

— Ven, te voy a hacer un té con unas ramitas.

Entramos a la cocina, me senté en una silla de la mesita que había y traté de acomodar mis pensamientos mientras Clotilde ponía unas ramitas de manzanilla seca en un jarro de barro con agua tibia.

— Toma esto, ahora, dile a tu nana, ¿qué hay con este muchacho?

Yo me quería soltar a llorar.

— Ay nana, es algo que ni yo me puedo explicar, me hace sentir tan bien, tan contenta, con él no me asusta estar casada, no me da miedo nada en el mundo porque sé que él me va a cuidar. Lo que me pesa es dejar a mi padre, porque sé que nunca aceptaría a Paulo, y me forzaría a casarme con otro.

— Y eso sería poco Mina, primero lo mata.

Cuando dijo eso las lágrimas simplemente me brotaron de los ojos.

— Nana no le puedes decir a mi padre, no soportaría que le pasara algo, me volvería loca.



— Sí mi niña, no le voy a decir nada, pero tú tienes que hacer algo, o te vas con él y te olvidas de tu padre y de la vida que tienes aquí, o te casas con quien tu padre diga. La próxima semana cumples quince años, y tu padre ya mandó organizar todo para hacerle una fiestota. Vendrán muchísimas personas, yo creo también para buscarle un buen marido, así que si quiere hacer algo con este muchacho se apresure.

— ¿Una fiesta? Ay, Dios mío, lo que faltaba...

— Todo va a salir bien mi niña, no me te alteres.

— Está bien, nana.

Me abrazó fuerte y mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara me dijo suavemente:

— Quiero que seas feliz, con el hombre correcto, no importa si es pobre o es rico. Así lo habría querido tu mamita.

— Gracias nana, sin ti no sabría qué hacer.

— Ya, ándale, ve a asearte que tu padre no tarda en llegar y quiere cenar contigo, a lo mejor te va a decir de la fiesta. Les voy a preparar un trocito de puerco con frijoles, el preferido de tu padre.

Subí a mi cuarto, me cambié el vestido y me arreglé el cabello. Al quitarme el vestido sucio cayeron hojitas secas que se me habían pegado al estar sentada en el suelo. Pensaba en Paulo, en sus ojos, su risa, sus manos fuertes abrazándome la cintura, en eso escuché el caballo de mi padre galopar por el empedrado de la entrada.

Bajé a verlo, como siempre, su emoción al verme era inmensa. Me cargaba como si aún fuera una niña, mi estatura pequeña se lo permitía. Cuando mi papá no me decía mi niña, u ojitos de pistache me decía virusa, por mi tamaño pequeño.

— ¿Cómo estás, princesa?

— Bien, papí, vamos a cenar.

Entramos al comedor y Clotilde nos sirvió la cena. El plato lucía bastante bien, pero apenas y probé mi comida, mientras mi padre incluso pidió que le sirvieran por segunda ocasión. Al notar mi poco apetito, papá no pudo evitar preguntar.

— ¿Qué tienes, Mina? ¿Por qué no comes?

— No tengo hambre, por la tarde tomé té con Clotilde.

— Espero que no te estés enfermando, porque en unos días tendremos una gran fiesta aquí en la hacienda.



— ¿Y eso por qué?

— ¿Cómo por qué, mi niña? Ya cumples 15 años, hay que presentarte en sociedad, que conozcas a más personas y a lo mejor hasta veas con quien te puedes casar.

Cuando dijo eso casi me atraganté con mi bocado. Me levanté enseguida.

— Iré a ayudarle a Clotilde a traer el pan dulce y el chocolate. Ya vengo.

Mi padre se quedó un tanto sorprendido, pero supongo que le importó poco porque no replicó nada. Clotilde y yo trajimos el pan y las tazas de chocolate recién hecho. Mientras mi padre decía más y más de la fiesta yo me ponía más y más nerviosa. Cuando me acordé ya había comido tres piezas de pan y dos jarros de chocolate.

— Vaya a dormir mi niña, mañana va a venir la costurera para empezar a hacerle su vestido de fiesta.

— Sí papi, buenas noches.

Subí rápido a mi cuarto y me encerré, ni siquiera sé por qué, pero me sentía asustada, pasé casi toda la noche en vela, cuando el reloj dio del cuatro de la madrugada el sueño me venció. Clotilde me despertó en la mañana, a las ocho en punto.

— Mi niña, ya llegó la costurera, levántate.

— Sí nana, ahora bajo.

Durante dos horas estuve parada en un banquito mientras Eduviges, la costurera del pueblo, me medía de cabo a rabo. Cuando estaba a punto de quedarme dormida sentía el pinchazo de algún alfiler. Mi padre había salido en un viaje a Guadalajara, tardaría varios días, volvería justo para la fiesta. Cuando por fin se fue la costurera pude subir a dormir, me despertaron unas pedraditas en mi ventana. Era Paulo, me hacía señas para que bajara.

Salí de mi cuarto revisando que nadie estuviera cerca y salí al jardín. Al verme me abrazó fuerte, me levantó un poco del suelo. Su sonrisa arregló todo el mal día que había tenido. El sol estaba ocultándose y nos sentamos cerca del columpio para escuchar a los grillos.

Me abrazó por la cintura y me besó la sien.

— Mi cacharrito, no sabes cuánto te quiero...

— Y yo a ti, sólo a ti... y me mataría que algo te pasara.

— ¿Qué tienes mi niña? ¿Por qué dices eso?

— Estoy asustada, mi padre habla en serio con eso del matrimonio, la próxima semana hará una fiesta por mi cumpleaños y dijo que ahí podría encontrar a mi próximo marido.



- Entonces vámonos ya, no quiero que me la quiten.
- Nos iremos después de la fiesta, cuando pasen un par de días y a mi padre se le quiten esas ganas de casarme.
- Ta bueno pues, me voy a esperar hasta que pase todo el jale de la fiesta, en cuanto acabe me la llevo - y mientras terminaba de decir eso me besó una vez más, un beso de amor, con más ganas que el primero. Ya verá mi niña, me la voy a llevar bien lejos, le prometo que le voy a dar una buena vida, honrada, con todo mi esfuerzo y la voy a tener bien contenta, por mi mamacita que me ve desde el cielo que así será.
- Es todo lo que quiero - dije yo.

Debía entrar, Clotilde me estaba buscando. Nos despedimos no sin antes prometernos el plan que teníamos, sólo había que dejar que pasaran los días.

Se llegó el día de la fiesta y fui despertada por mi nana y la costurera que traía mi vestido, un vestido inmenso, de color perla, con holanes y vuelos por todas partes, “¿Cómo voy a moverme siquiera con ese vestido puesto?” pensaba mientras mi nana y Eduviges me enfundaban con un corsé, medias altas, crinolinas, etcétera. Si mi cabeza ya dolía con las anchoas que me habían puesto para rizarme el cabello con la loción de azahar acabé mareada, pero ya estaba lista para el evento. Empezó por la misa, oficiada por el arzobispo de la Ciudad de México, amigo de mi papá, que estaba ahí en primera fila, con el gesto de padre orgulloso de su criatura.

Una vez agradecida con Dios por dejarme llegar a mi decimoquinto cumpleaños volvimos a la hacienda. Recibimos como a doscientas personas entre la casa y el jardín principal, personas que yo en mi vida había visto. Todos comieron y bebieron hasta saciarse, yo no podía ni comer con ese vestido. De pronto mi padre me llamó a su lado; hablaba con dos hombres, uno joven y otro muy viejo.

- Mina, te presento a mi compadre, Salvador Torres Hinojosa
- Mucho gusto- y estreché su mano
- Y él es su hijo Alonso, nuestro actual alcalde.
- Un placer conocerte- dijo mientras una sonrisa maliciosa se asomaba por sus labios y me besaba la mano.

Mi padre ya me había hablado de Alonso, pero me lo imaginaba diferente. Era un hombre gordo que casi me doblaba la altura, tendría fácil unos veintiocho o treinta años. Me dio miedo sólo de verlo.

- Mucho... gusto.
- Tenías razón, padre, es más bella en persona.



- Ah, que caray, contigo muchacho, no se te puede decir nada, discúlpelo compadre, pero ya ve como son.
- No compadre, al contrario, que bueno que le agrade mi niña a su muchacho. Verá, yo quiero que tenga un buen marido, que la cuide, la procure, le dé la vida que se merece...
- No sé diga más, aquí tiene a su gallo ganador compadre, mi muchacho será el marido que quiere para su hija.
- Pues es un trato compadre, vengase, vamos a festejarlo con un tequila que me trajeron del merito Jalisco, uy no se imagina...

Yo salí corriendo, ya no podía seguir con eso, era demasiado. Subí a mi cuarto y me encerré, me quité ese vestido estorboso, las crinolinas, las medias y deshice los rizos de muñeca que tenía en el cabello. Apagué todos los candiles y me recosté. Trataba de no entrar en pánico, de resistir sólo unos días más para poder irme con Paulo. En eso escuché que tocaban en mi balcón, casi me caía de la cama del susto, pero pude distinguir en la oscuridad que era él.

Me puse la bata de noche y abrí la puerta. Llevaba unos pantalones de lino y una chaqueta marrón de lana, nunca lo había visto vestido así. Era perfecto. Lo abracé fuertemente y mis nervios desaparecieron.

- Ya no te vayas, estoy a punto de volverme loca.
- No me iré, de verdad.
- Mi padre ya arregló mi matrimonio, con un hombre que no conozco y me da miedo.
- No pasa nada mi niña, mañana mismo nos vamos, y nada te faltará...

Mientras decía esto me besó lentamente y tomó mi pequeño cuerpo entre sus brazos, dirigiéndonos a mi cama. Hizo conmigo lo que no imaginé nunca, con un millón de sensaciones: había dolor, calor, risa, placer, nervios, pero más que nada, había amor. Al final me estrechó entre sus brazos y todo fue maravilloso, pero sabía que no se podía quedar ahí o alguien lo vería y todo acabaría muy mal.

- Te veo mañana en el columpio a las meras nueve. Trae algunas cosas, ropa y lo que necesites, pero poquito. Nos iremos bien lejos mi niña.
- Está bien, mañana mismo nos vamos.

Lo vi bajar por mi balcón e internarse en la hacienda, anhelando que acabara la noche y el día para poder irme con él. Lo que no supe en ese momento es que mi padre vio a Paulo bajar por mi balcón mientras fumaba un habano con sus amigos. No hizo nada, todavía.

Amaneció, yo preparé mi valija con algunas cosas para irme, bajé al comedor y me encontré a mi nana preparando la comida. Como sabía que era la última vez que estaría con ella no dejaba de verla, me despedí, la abracé muy fuerte, le agradecí por todo y le prometí que le escribiría en cuanto pudiera, y más adelante a lo mejor podría verla otra vez. Me dio su bendición y me dijo que haría todo por verme feliz.

Se dieron las nueve, la noche era muy oscura y fría, sin estrellas ni luna. Me puse un abrigo de lana que era de mi madre y salí sigilosamente hacia el columpio. Esperé, pasaron diez, quince, veinte minutos, una hora, pero Paulo no aparecía. Entonces a lo lejos escuché el galopar de un caballo y sabía que era él. Me acerqué, pero el caballo se sobresaltó, me quedé fría cuando vi que él no estaba cabalgando, que estaba acostado boca abajo sobre la silla, con las manos atadas a la espalda, una mordaza en la boca y un tiro en la nuca. Su cuerpo cayó al suelo, frío, con la ropa ensangrentada. Lo tomé entre mis brazos, recorrí las facciones de su cara con mis dedos, sin poder creer lo que había pasado. Y le lloré, le lloré como una loca, como si hubieran arrancado la parte más importante de mí.

Me quedé abrazándolo hasta el amanecer, no podía moverme, no quería moverme. Y mi padre se acercó a mí.

— Esto pasa cuando no me obedecen, Mina. Ahora yo te llevaré muy lejos, y él se pudrirá en el infierno.

Hizo que empacaran mis cosas, me subió a la carroza y nos fuimos, pasaron horas, quizás días hasta que llegamos. Un convento, pero no cualquier convento, era el convento del Verbo Encarnado, en la ciudad de México.

— Bienvenida a tu nuevo hogar, mi ojitos de pistache...

Han pasado dos meses desde que mi padre me dejó aquí, no puedo comer, no puedo dormir, mi cara ha palidecido y mi cuerpo ha menguado. No sé qué es lo que pasa, o por qué, siento algo ajeno a mí, algo que me dejó Paulo, el último recuerdo que tengo de él. Las monjas mayores miran mi condición y murmuran, se ven preocupadas, dicen que estoy enferma de niño y que en unos meses habrá que tomar medidas asertivas para él y para mí.